

B. P. REARDON, *Chariton Aphrodisiensis: De Callirhoe narrationes amatoriae*, editionem curavit B. P. R., München-Leipzig, K. G. Saur, 2004 (*Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana*), XXII + 150 pp., ISBN 3-598-71277-4.

Testimonios de la novela y ediciones anteriores

Los ocho libros de *Calírroe*, de Caritón de Afrodiasias, quizá la más antigua novela griega llegada completa hasta nosotros, se han transmitido en su totalidad gracias a un códice medieval conservado en Florencia. Además, pequeñas porciones del texto (alrededor del 5% en total) han pervivido también gracias a dos tipos de testimonios. Por un lado, lo que Ulrich Wilcken pudo copiar de un palimpsesto de los siglos VI o VII comprado en Egipto y destruido en un incendio poco después¹. Por otro, el texto transmitido por tres papiros de los siglos II o III². Éstos son los testimonios con la parte del texto que contienen, acompañados de las siglas que utiliza Reardon (hay además tres apógrafos cuya mención no considero necesaria):

¹ U. Wilcken “Eine neue Romanhandschrift”, *APF* 1, 1901, 227-72.

² Los papiros han sido editados por: II¹, B. P. Grenfell- A. S. Hunt, en B. P. Grenfell – A. S. Hunt - D. G. Hogarth, *Fayûm Towns and their papyri*, London 1900, 74-82; II², 1^a parte, A. S. Hunt, *The Oxyrhynchus Papyri* VII, London 1910, 143-6, 2^a parte, M. E. Weinstein, en G. M. Browne *et al.*, *The Oxyrhynchus Papyri* XLI, London 1972, 12-4; II³, D. S. Crawford, *Papyri Michaelidae*, Aberdeen 1955, 1-4. Su texto ha sido estudiado por F. Zimmermann (“Zur Überlieferung des Chariton-Romanes”, *Hermes* 63, 1928, 193-224) y C. Lucke (“Zum Charitontext auf Papyrus”, *ZPE* 58, 1985, 21-33; cf. también las observaciones de R. Roncali (“Su due varianti del papiro Fayûm 1 di Caritone”, *BollClass* s. 3, 20, 1999, 37-44) y M. Sanz Morales (“Textkritische Bemerkungen zum Chariton-Text auf Papyrus”, *ZPE* 141, 2002, 111-5).

F: *Cod. Florentinus Laurentianus Conv. Soppr. 627* (saec. XIII): la novela completa.

Theb.: Edición que realizó Wilcken de 4 págs. de un palimpsesto, conocido como *Codex Thebanus* (saec. VI / VII): 8.5.9-8.7.3, excepto 8.6.1-8.6.8.

Π¹: *P. Fayûm 1* (saec. II / III): fragmentos de 4.2.3-4.3.2.

Π² + Π² bis: *P. Oxyrhynchus 1019* + *P. Oxyrhynchus 2948* (saec. II / III): fragmentos de 2.3.5-2.4.2 y 2.4.5-2.5.1, respectivamente.

Π³: *P. Michaelidis 1* (saec. II): fragmentos de 2.11.4-2.11.6.

Para hacer una edición de esta obra (o de juzgar una edición, como es el caso), es importante el hecho de que nunca tres testimonios ofrecen un mismo pasaje. En efecto, el texto está transmitido sólo por el códice medieval (el 95% del total), o por éste y el palimpsesto (conocido como “códice tebano”) o por el ms. medieval y un único papiro. Por lo tanto, el editor de Caritón se hallará casi siempre ante un caso de *codex unicus*.

La novela de Caritón fue conocida tardíamente en Europa, ya que la primera edición no apareció hasta 1750. Después, y hasta la de Reardon, se han sucedido cinco ediciones más, dos en el siglo XIX y tres en el XX. No es demasiado, ciertamente, más aún cuando, como veremos enseguida, varias no pueden ser llamadas ediciones críticas. Un hecho bastante singular caracteriza las primeras ediciones³: sus autores no consultaron personalmente el códice florentino⁴. Bastante avanzado ya el siglo XX, fue W. E. Blake el primer editor que lo hizo⁵, y sólo desde esa fecha han

³J. P. D'Orville, *Charitonis Aphrodisiensis De Chaerea et Callirrhoe Amatoriarum Narrationum Libri VIII*. Con comentario del editor, más *animadvertiones* y traducción latina de J. J. Reiske, Amsterdam 1750; W. A. Hirschig, *Erotici Scriptores*, Paris 1856 y R. Hercher, *Scriptores Erotici*, Leipzig 1859.

⁴Tampoco C. A. Beck, quien en 1783 publicó en Leipzig una reedición de D'Orville (véase nota anterior) con el aditamento de conjeturas propias, así como de otros filólogos que ya habían publicado sobre el particular.

⁵*Charitonis Aphrodisiensis De Chaerea et Callirrhoe Amatoriarum Narrationum Libri Octo*, recensuit et emendavit W. E. B., Oxford 1938.

dispuesto los filólogos de una edición verdaderamente fiable con respecto al texto transmitido⁶. Después, G. Molinié⁷ releyó el ms., introduciendo algunas correcciones a pasajes mal leídos. Para su edición en Loeb, última antes de la ahora reseñada, G. P. Goold⁸ confió en el trabajo de los dos editores anteriores⁹. El hecho es que, desde su aparición en 1938, y a pesar de no haber sido reeditada nunca por Oxford University Press (desconozco la razón de tal proceder), la edición de Blake, hecha con cuidado y meticulosidad (aunque quizá no demasiado afortunada en la elección de las mejores lecturas), ha sido indiscutiblemente *la edición* de Caritón. Las dos siguientes, que precedieron a la de Reardon, no han

⁶ D'Orville se basó en una copia de *F* hecha por Antonio Cocchi. Más tarde el gran filólogo holandés C. G. Cobet leyó el ms. y extrajo muchas lecturas que corregían errores cometidos por Cocchi, pero sus indicaciones, entregadas a Hirschig y mal usadas por éste, no lograron solucionar el estado de confusión del texto, que también afectaría a Hercher. Sólo tras la inspección personal de Blake fue posible contar con un texto de *F* fiable. En relación con esto, cf. W. E. Blake ("The Overtrustful Editors of Chariton", *TAPhA* 62, 1931, 68-77) y B. P. Reardon ("Les malheurs de *Callirhoé*", en A. Billault, *ΟΠΩΠΑ. La belle saison de l'hellénisme. Études de littérature antique offertes au Recteur Jacques Bompaire*, Paris 2001, 59-71).

⁷ *Chariton. Chairéas et Callirhoé*. Texte établi et traduit par G. M., Collection des Universités de France, Paris 1979; reed. 1989, con revisión de A. Billault.

⁸ *Chariton. Callirhoe*. Edited and translated by G.P.G., *Loeb Classical Library*, Cambridge Mass.-London 1995.

⁹ Hago notar que en 1996 Renata Roncali publicó en la BUR una traducción italiana con ricas notas al pie, acompañada de "texto greco a fronte", el de Molinié sin aparato crítico (*Caritone di Afrodizia. Il romanzo di Calliroe*. Introduzione, traduzione e note di R. R., Milano 1996). Muy recientemente (fin de 2005), ha visto la luz en la UTET de Turín una edición de Caritón, Jenofonte de Éfeso y Longo a cargo de Alberto Borgogno (*Romanzi greci / Caritone d'Afrodizia / Senofonte Efesio / Longo Sofista*); como suele suceder en esta colección, el texto no va acompañado de aparato crítico, pero incluye (72-8) una lista de pasajes discrepantes con relación a la ed. de Blake. Además, Borgogno ha publicado varios estudios sobre el texto de Caritón ("Note al testo di Caritone d'Afrodizia", *Eikasmós* 14, 2003, 129-32; "Restauri testuali a tre romanzi greci", *Orpheus* 24, 2003, 7-13; "Indice critico per gli *Erotici graeci* (su Caritone, Senofonte Efesio e Longo Sofista)", *GIF* 56, 2004, 23-41; "Per il testo di Caritone d'Afrodizia", *Prometheus* 30, 2004, 246-52), que Reardon ya no ha podido utilizar.

sustituido a Blake en absoluto. La edición de Molinié dejó mucho que desear en aspectos fundamentales¹⁰; resulta muy revelador que hubiera de ser corregida sólo diez años después. La de Goold está bien hecha conforme a sus objetivos, pero éstos son los normales en Loeb, es decir, ofrecer un texto legible con sólo las indicaciones criticotextuales más importantes¹¹.

La presente edición: presupuestos básicos

Ahora aparece una nueva edición en la biblioteca teubneriana, siglo y medio tras la anterior de Hercher, y de ella se encarga uno de los estudiosos con más prestigio en el campo de la crítica literaria sobre la novela griega en general y la novela de Caritón en particular.

En el Praefatio (V-XVI) Reardon toca brevemente los problemas relativos al título de la novela¹² y la datación de Caritón¹³(V). Después resume en unas páginas (VI-XII) la historia de las ediciones de la novela, deteniéndose sobre todo en la complicada gestación de la *editio princeps* a cargo de D'Orville, lo cual tuvo algunas consecuencias nefastas en las ediciones posteriores¹⁴. No considero necesario detenerme mucho en esto, pero sí lo suficiente para decir que es una exposición clara y rigurosa, con aportación de la bibliografía pertinente en útiles notas al pie.

A partir de la p. XII expone Reardon los fundamentos de su propia edición. Parte de la base de que *F* es poco fiable. Esto se aprecia de diferentes formas: sobre todo en el propio texto;

¹⁰ Véase la negativa recensión de T. Hägg (*Gnomon* 53, 1981, 698-700) y, en especial, la muy amplia y documentada de B. P. Reardon ("Une nouvelle édition de Chariton", *REG* 95, 1982, 157-73).

¹¹ Sobre la edición de Goold puede verse mi reseña (M. Sanz Morales, *Myrtia* 17, 2002, 407-9).

¹² Se decide por *Calírrroe*, creo que acertadamente, frente al tradicional *Quéreas* y *Calírrroe*. Tanto *F* como sobre todo Π^3 prestan apoyo a esa decisión.

¹³ Cree que la novela fue publicada poco antes del reinado de Nerón, en atención al conocido testimonio de Persio (1.134) *his mane edictum, post prandia Callirhoen do*.

¹⁴ Sobre este punto puede verse un trabajo suyo anterior (cf. n. 6) que incluye una exposición más pormenorizada.

mediante la comparación que puede hacerse en la novela de Longo con el otro ms. que la transmite (cf. la ed. de M. D. Reeve en la misma colección, p. xi); mediante la comparación con los papiros de Caritón. *F* no sólo contiene gran número de errores, sino frecuentes errores graves¹⁵.

Junto a *F* y los papiros, tenemos como testimonio el códice tebano, que presenta un texto con muchas discrepancias frente a *F*, a veces profundas, lo que llevó a Wilcken a proponer la existencia de dos redacciones. Reardon no entra a fondo en la cuestión, que por lo demás necesitaría un estudio aparte¹⁶, pero señala como paralelos la novela de Jenofonte de Éfeso y la *Historia Apollonis Regis Tyri*, “qui plus minus mutati esse videntur” (XIII), recordando que las obras de este tipo tuvieron difusión popular y fueron copiadas con menor cuidado que otras. Creo que esto es esencialmente cierto, como he defendido en un trabajo aún en prensa (“The Copyist as Novelist: Multiple Versions in the Greek Novel”, *Variants* 5, 2006). Reardon podría haber mencionado también la novela de Alejandro, y quizá la *Novela del asno* con su complicación de secuelas en griego y latín, pero sobre todo debería haber aludido a la novela de Aquiles Tacio, uno de cuyos papiros (del siglo III o del IV) presenta claros indicios de una redacción distinta a la de los códices¹⁷.

Como he dejado dicho, Blake fue el único que hizo verdaderamente una edición crítica. De ahí que Reardon la haya tomado como referencia principal: “Editionis suae sinceritate viam aperuit Blake ad meliores constituendas; purganda igitur potius quam reicenda est” (XIII). La meta parece lógica. El objetivo de una edición teubneriana es convertirse en edición crítica de referencia, si no me equivoco. La teubneriana de Hercher lo fue durante tres cuartos de siglo, a pesar de su ignorancia directa del

¹⁵ Reardon había señalado y ejemplificado tal circunstancia en su artículo-reseña de Molinié (cf. n. 10).

¹⁶ Con resultado quizá no concluyente, ya que el texto del tebano es breve y contiene pasajes sólo del libro VIII, lo que imposibilita tener una perspectiva global de la obra; además, el estado del palimpsesto y la carencia de medios no permitieron a Wilcken leer numerosas porciones de ese texto.

¹⁷ cf. J.-P. Garnaud, *Achille Tatius d'Alexandrie. Le roman de Leucippé et Clitophon*, Paris² 1995 (1991), XXIII, con bibliografía, y mi art. cit.

testimonio principal. A comienzos del siglo XXI, y dado que las dos ediciones que siguieron a la de Blake no habían reemplazado a ésta ni de lejos, el objetivo debe ser sustituir a Blake.

Reardon declara (XIII) haber puesto empeño en dos cosas: la primera, corregir en la medida de sus fuerzas aquello en lo que Blake no había estado afortunado; la segunda, usar los nuevos estudios sobre el texto¹⁸. Así, incorpora y procesa toda la bibliografía sobre el texto aparecida desde que Blake dio por terminada su edición¹⁹ hasta el año 2001²⁰. Molinié y Goold habían hecho ambas cosas, pero de una manera demasiado selectiva en cuanto a incluir conjeturas de filólogos en el aparato crítico (especialmente Molinié, cuya edición carece por completo de aparato en muchas páginas); quedaba, por último, alguna bibliografía posterior a Goold. Reardon hace especial hincapié en los trabajos de J. J. Jackson²¹ y M. D. Reeve²². El primero le sirve para destacar la frecuencia de las omisiones cometidas por *F*; el segundo, para señalar la importancia del hiato, un fenómeno que indicaría la existencia de corrupciones pasadas por alto por otros editores²³. Reardon acepta correcciones en virtud de este criterio, algo que ya había hecho Goold, quien de manera habitual modificaba el texto para evitar el hiato, basándose en las indicaciones de Reeve.

¹⁸ Hay una tercera, que quizá no menciona por obvia y porque puede subsumirse en la segunda: utilizar los testimonios conocidos posteriormente, ya que Π² (2ª parte) y Π³ fueron publicados años después de Blake. Molinié y Goold sí conocían estos testimonios.

¹⁹ Varios años antes de 1938, ya que Blake no tuvo en cuenta los dos artículos publicados por Jackson (cf. n. 21).

²⁰ El trabajo más reciente citado es el de R. D. Dawe, "Some erotic suggestions. Notes on Achilles Tatius, Eustathius Macrembolites, Xenophon of Ephesus and Charito", *Philologus* 145, 2001, 291-311.

²¹ "The Greek Novelists. Miscellanea", *CQ* 29, 1935, 52-7; "The Greek Novelists. Miscellanea-II", *CQ* 29, 1935, 96-112; anotaciones a su ejemplar particular de la ed. de Hirschig (incluidas en las edd. de Goold y Reardon), The Queen's College, Oxford.

²² "Hiatus in the Greek novelists", *CQ* n. s. 21, 1971, 514-39.

²³ Blake incluso declaró expresamente con respecto al hiato (xiv): "ita egi ut semper retulerim expresse in textum ea quae codex praebet".

En general, Reardon es más cauto y no acepta tantos cambios, lo que me parece sensato, ya que el problema del hiato es muy complicado, y muy amplia su casuística.

Por poner un ejemplo, usando siempre los datos que da el propio Reeve (527-8, cf. mi n. 22), vemos que hay hiato ante aumento temporal en 1.13.10, 3.1.4, 3.8.5, 7.5.13. Tanto Goold como Reardon admiten correcciones en los cuatro casos (hay otros indicios de corrupción en los dos primeros pasajes, pero no en los restantes; en 3.1.4 Reardon pone cruces). Pero es que además hay hiato ante aumento silábico en 1.4.11, 3.4.8, 6.1.2, 7.6.4, 8.3.10. Mientras que Goold acepta sistemáticamente enmiendas anti-hiato en los cinco casos, Reardon lo hace sólo en 1.4.11, 6.1.2, 7.6.4, en atención a otros criterios de corrupción. Da la impresión de que en Caritón el hiato ante aumento era posible en determinados casos. A todo esto podríamos sumar 5.3.5 ἐπειδὴ ἦν, donde ambos editores corrigen con ἐπειδὴπερ ἦν (Jackson) para evitar el hiato, pero es que a su vez este pasaje se relaciona con 6.9.5 ἐπειδὴ αὐτῶ, lo que les obliga a aceptar también aquí ἐπειδὴπερ (Hercher). Como se aprecia, la casuística es amplia y complicada, hay muchos factores interrelacionados. Mi impresión es que la aplicación de criterios sistemáticos no es aconsejable.

Claro, con todo esto se tiene que enfrentar el editor casi desarmado, ya que el problema del hiato (al menos en la prosa literaria) no está estudiado suficientemente. En el caso de Caritón y los demás novelistas el artículo de Reeve es de gran ayuda, pero no basta. Uno se queda más de una vez con la duda de si lo que había detrás del uso de Caritón era una norma o sólo una tendencia y, por tanto, si tal o cual hiato se debe a un error de escriba o a una licencia del propio autor. Por otro lado, muchas leyes lingüísticas admiten excepciones; no aceptar esto y suprimir todos los hiatos en *F* (como hacía Goold) requiere aceptar que el escriba omite demasiado a menudo cierta palabra o permuta una por otra. En todo caso, Reardon tiene razón al señalar que el problema del hiato (tan en boga, por cierto, en otras épocas, cuando había auténticos cazadores de hiatos: parece que el último fue Jackson) está ahí, y que la fidelidad ciega a los testimonios (como proponía Blake) no es válida. Hay que analizar con detenimiento cada problema, diría yo, y pido disculpas por mi falta de originalidad.

La cuestión se relaciona con la del aticismo de Caritón, algo que ha sido puesto en duda de manera seria²⁴: “atticisat aliquatenus, sed aliquatenus tantum” (XIV-XV). Es difícil, añade Reardon (XV), conocer el curso que han emprendido las letras griegas de la época, qué tipo de lengua usó Caritón o a qué clase de lectores se dirigía: todo ello dificulta que el editor sepa cuándo debe corregir el texto. Con los problemas de *ortographica* ocurre algo similar. Una solución para todo ello, ya aplicada por Blake, es respetar el texto del códice. Ciertamente, y hablando desde un punto de vista práctico, es arriesgado aplicar recetas lingüísticas a un texto como éste, por lo que creo que el proceder de Reardon es correcto, quizá porque en esencia es el único realista. Sin embargo, reconozco que el editor se encuentra en una situación embarazosa cuando comprueba, por ejemplo, que *θάλασσα* aparece 69 veces y *θάλαττα* sólo una²⁵. En casos como éste parece lógico corregir, en la idea de que no hay una fluctuación lingüística, sino un error de escritura en un pasaje concreto. El problema, claro, es *cuándo* corregir: 69 contra 1 es abrumador; pero ¿qué debe hacer el editor con una distribución de 4 a 1, o de 13 a 2? No puedo dar una respuesta tajante. El editor deberá atender a otros posibles factores que puedan arrojar alguna luz y, en último extremo, tendrá que hacer caso de su experiencia y su sentido común. Y perdón de nuevo por la falta de originalidad.

Todo esto que vengo exponiendo se relaciona con un problema de fondo, que está presente en Caritón, aunque no sólo en él. Me refiero a la insuficiencia de estudios sobre la lengua de la época y del autor. El libro fundamental para estudiar el aticismo sigue siendo el clásico de Schmid *Der Atticismus in seinen Hauptvertretern* (1887-96), que necesitaría una renovación radical, a la luz sobre todo de los descubrimientos papiráceos realizados desde hace un siglo. Nadie quiere acometer tamaña labor, por lo que parece. Pero además serían necesarias obras sobre el uso lingüístico de los diferentes autores, lo que los alemanes llamaban antes *Sprachgebrauch* y ahora supongo que no llaman

²⁴ cf. C. Ruiz Montero, “Aspects of the Vocabulary of Chariton of Aphrodisias”, *CQ* n. s. 41, 1991, 484-90, C. Hernández Lara, *Estudios sobre el aticismo de Caritón de Afrodiasias*, Amsterdam 1994.

²⁵ Ya lo indicaba Goold en su ed., p. 19.

de ninguna manera, porque han decidido dedicarse a menesteres más entretenidos como la *Literaturwissenschaft*. El hecho es que no hay estudios complexivos y modernos de los novelistas griegos; por no haber, no hay ni léxicos individuales, con la excepción del de Aquiles Tacio a cargo de O'Sullivan. De esta situación es Caritón un ejemplo más; antes mencionaba la obra de Hernández Lara, que (sin que esto constituya una crítica de este meritorio libro) por su concepción y objetivos tiene escasísima utilidad para el editor. Lo mismo ocurre con el libro de A. D. Papanikolaou²⁶, obra que estudia fenómenos lingüísticos muy concretos (y muy escasos), y que al editor le sirve casi exclusivamente para abanicarse los días de calor. Haría falta, pues, un estudio completo y actualizado de la lengua de Caritón, así como un léxico²⁷. En tanto no aparecen estos estudios tan necesarios, el editor se ve obligado a hacer sus propias averiguaciones, lo que requiere mucho tiempo y no pocos esfuerzos. En este sentido, son muy útiles dos instrumentos; por descontado el *TLG*, y también el *Lessico dei Romanzieri Greci* (así lo indica el propio Reardon, p. XV n. 36).

La p. XVII ofrece la lista de ediciones. En las páginas XVIII-XXI aparece la lista bibliográfica de estudios textuales sobre Caritón, que cronológicamente clausura Dawe (cf. mi n. 20). No he encontrado ninguna omisión o carencia. La p. XXII incluye la lista de *Sigla*. Aquí me detendré un poco para hacer un par de consideraciones que quizá tengan algún interés metodológico.

Reardon hace bien al designar el códice florentino con F (según la ciudad que lo alberga), siguiendo a todos los editores modernos excepto Molinié, que lo llamaba L (según la biblioteca). Para el códice tebano usa Theb., sigla utilizada por Blake; en Goold era T y en Molinié W, de Wilckanus (corregido por Billault en Wilckenus). Reconozco haberme preguntado más de una vez cómo debería denominarse este curioso testimonio y, francamente, creo que en este caso Molinié tenía razón. Lo que nosotros tenemos no es el códice tebano, perdido en un incendio, sino la copia realizada

²⁶ *Chariton-Studien: Untersuchungen zur Sprache und Chronologie der griechischen Romane*, Göttingen 1973.

²⁷ Debo confesar que he propuesto estos estudios como temas de tesis doctoral a un par de personas: no he vuelto a verlas.

por U. Wilcken: mejor dicho, la edición publicada por éste²⁸ a partir de su propia copia, que tampoco se conserva. Es decir, no conservamos una reproducción del tebano hecha por medios mecánicos, sino la copia manuscrita de un escriba llamado Wilcken. Es, además, copia de la escritura inferior de un palimpsesto hecha en condiciones poco propicias y sin los medios técnicos de lectura que requiere una escritura tan deteriorada; Wilcken, por tanto, puede haber cometido errores. Esto significa que, a diferencia de *F* o los papiros, no tenemos el código tebano (ni tan siquiera la copia que hizo Wilcken) para poder consultarlo. Por tanto, creo que en rigor no podemos hablar hoy de código tebano como uno de los testimonios *que poseemos* de la novela. La indicación que da Reardon en su lista, “Theb. codex Thebanus, s. vii? (Wilcken 1901)”, es en esencia incorrecta²⁹. Se podría aducir que ésta es una discusión nominalista, pero las siglas son nominalistas, sirven para nombrar, y al hacerlo revelan el concepto que tenemos de los testimonios; en definitiva, forman parte de la edición.

El f. 48r de *F* (comienzo de la novela hasta 1.1.14) es ilegible hace ya un siglo y medio. Cuando Cobet examinó *F* a mediados del XIX, encontró que el primer folio estaba muy deteriorado y su lectura se hacía difícil. Obtuvo permiso para aplicar un reactivo químico y así consiguió que el folio fuera casi por completo legible, pero a costa de que poco después la escritura desapareciera casi por completo. De manera que para el comienzo de *F* dependemos en gran manera de lo que leyó Cobet (su copia se conserva)³⁰. Blake indicó con corchetes quebrados las lecturas de Cobet que hoy son ilegibles en *F*. Goold y Molinié decidieron no hacer nada: uno lee en sus ediciones el comienzo de la novela y cree que *F* testimonia

²⁸ Cf. n. 1.

²⁹ Si se prescinde de mi argumentación, lo más lógico es usar la misma sigla que Blake, como hace Reardon. Es cierto que al usar *Theb.* sigue así una tradición, lo que facilita el cotejo con la ed. de Blake, pero también es verdad que en un texto con tan escasos testimonios la variación de una sigla no provoca grandes problemas.

³⁰ Hay, además, los apógrafos de *F* hechos por varios eruditos antes del desastre, pero el texto que ofrecen estos testimonios es muy lacunoso, ya que *F* no podía leerse bien. Esto se aprecia fácilmente en la edición de D’Orville, quien uso el apógrafo de Cocchi.

ese texto. Reardon, creo que con mejor criterio que Blake, usa la sigla F^{Cob} (“codex F 48r apud Cobet 1842”). Es decir, hay un testimonio F , el códice medieval que poseemos y podemos leer casi en su totalidad, y otro diferente F^{Cob} , que es la copia de F hecha por Cobet. Las lecturas se atribuyen así a quien las hizo.

Por último, Reardon usa $\Pi^{2\text{ bis}}$ para el *P. Oxy. 2948* (2ª parte del *P. Oxy. 1019*). Esta segunda parte fue editada (Weinstein 1972) mucho más tarde que la primera (Hunt 1910), pero el papiro es el mismo. Creo que un mismo testimonio no debería aparecer siglado de dos maneras diferentes³¹.

Texto

Quiero advertir, para empezar, que estoy preparando una edición crítica de la novela de Caritón³². Por este motivo quizá muestre en esta reseña demasiadas discrepancias con respecto al texto editado por Reardon; si esto sucede, no debe entenderse como una actitud hipercrítica respecto de su edición; sencillamente, es algo normal cuando se ha realizado un trabajo a fondo sobre un texto: uno se ha formado una opinión propia, que es previa a la del editor reseñado, situación muy diferente a la de quien reseña una edición *ex novo*.

Descartado el examen profundo de todo el texto, lo que habría producido un libro entero³³, cabían dos posibilidades: hacer calas a lo largo de toda la novela; analizar con profundidad una porción de ésta. Me ha parecido preferible la segunda porque es menos aleatoria y ofrece más fiabilidad para algunos recuentos estadísticos. Por ello me centraré en el libro VI³⁴.

³¹ Ya lo hizo Molinié, que además cambiaba, creo que sin motivo, la numeración de los tres papiros: éste era Π^1 *bis*.

³² Debe aparecer en la colección Alma Mater del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Aprovecho esta nota para decir que simultáneamente preparo un comentario de la novela en colaboración con mi colega Manuel Baumbach (Zúrich); este comentario será publicado por Winter (Heidelberg).

³³ Esa reseña-libro la constituirá mi propia edición. En realidad, toda nueva edición crítica es una reseña de las anteriores.

³⁴ He elegido esta sección de la novela porque es la que he trabajado más recientemente y tengo más fresca.

El texto de la novela ocupa las páginas 1-147 del libro, el libro VI las pp. 97-112. Es un libro de una extensión media, en una novela cuyos libros son bastante homogéneos. Junto a la división tradicional de cada libro en capítulos y párrafos o secciones, esta edición numera las líneas de cada página, sirviendo esta numeración de referencia en el aparato crítico. Pero, frente a lo habitual, que es numerar cada página por separado, en este caso la numeración es correlativa en cada libro, ocupando el VI 455 líneas. El procedimiento ha sido decidido por la editorial: cf. la ed. de Jenofonte de Éfeso a cargo de O'Sullivan. Me parece práctico, porque la correspondencia entre texto y aparato se ve con facilidad y rapidez. Es positivo también que en la cabecera de cada página aparezca la referencia de libro, capítulo(s) y párrafos, lo que facilita mucho la búsqueda de pasajes concretos. Esto no carece de importancia: invito a cualquiera a que trate de encontrar con cierta rapidez un pasaje en la edición de Molinié³⁵, con su carencia de encabezamientos (excepto la del libro) y de numeración marginal de capítulos y líneas. Aquí citaré según la numeración tradicional y a menudo pondré entre paréntesis la línea del libro.

Lo primero que debe hacer un editor es asegurarse al máximo de que conoce bien el texto transmitido, lo que implica conocer directamente los testimonios. Esto es lo que no hicieron los primeros editores de Caritón. Tras la edición de Blake quedó esta carencia corregida, aunque no por completo: todavía Molinié pudo mejorar alguna lectura incorrecta. Reardon ha revisado de nuevo el texto de *F*³⁶, lo que es riguroso filológicamente y confiere

³⁵ No sé si la decisión fue también de la editorial. Sucede lo mismo en Roncali, cuya edición reproduce el texto de Molinié con igual tipografía.

³⁶ Según él mismo me indicó, ha utilizado una fotografía (no microfilm) de *F*. Poseo otra foto igual solicitada después (supongo que es igual, ya que está hecha de un negativo preexistente), y puedo decir que la calidad es buena. El propio Reardon me ha indicado amablemente que le fue permitido consultar *F* en persona tres veces (1972, 1989 y 1999, las dos últimas para controlar lecturas observadas en la foto), siempre por breve tiempo. La *autopsia* puede ser aún necesaria para pasajes en los que *F* está bastante o muy deteriorado, especialmente los finales de líneas. Las cosas han cambiado después: en carta fechada el 5 de abril de 2002, la responsable de la Biblioteca Laurenziana, Dra. Franca Arduini, me indicaba que estaba prohibido

mayor fiabilidad a su edición. Es cierto que a estas alturas son pocos los errores supervivientes, pero los hay: un interesante ejemplo es 7.3.3, donde todos atribuían a *F* ἐν τῇ πολεμίᾳ. Reardon restablece ahora la correcta ἐν γῆ πολεμίᾳ³⁷. En 8.6.8 confirma τσοῦτον, ya editado por Molinié; Blake atribuía al códice τσοῦτο.

Con respecto a la fijación del texto, primero unas ideas generales. Reardon es prudente a la hora de corregir el texto. Se halla así entre Goold, más proclive a la modificación, y Molinié, más conservador. En este aspecto, yo diría que Reardon es similar a Blake, aunque su aceptación de conjeturas es en general más sensata que la de éste. Sobre todo, introduce muchas menos conjeturas propias, una práctica que a Blake le era bastante querida y en la que no acertaba en el centro de la diana con demasiada frecuencia. A continuación examinaré los diferentes tipos de decisión que toma Reardon, ilustrándolas con algunos ejemplos (la lectura editada por él irá en primer lugar).

En no pocas ocasiones Reardon mantiene acertadamente el texto de *F* frente a correcciones innecesarias de otros filólogos. Un sencillo ejemplo puede ser 6.1.2 (línea 7): πατήρ ἐξέδωκεν αὐτῷ *F* : αὐτῷ *secl. Cobet*. El dat. encuentra apoyo en 5.8.5 (habla Quéreas) ἐμοί πατήρ ἐξέδωκεν.

En otras ocasiones se decide con acierto por corregir y acepta conjeturas verosímiles de otros filólogos³⁸:

6.1.3 (l. 14): τάφου *Naber* : γάμου *F*, probablemente influida por ἔγνημε... γήμας (l. 13). Cf. también 6.1.5 πάλιν τάφος;

6.2.1 (l. 61): ἔστι *Reiske* : ἔδει *F*. ἔδει parece *difficilior*, pero no lo es tanto porque le sigue un infinitivo; ἔθος (*Cobet*) y ἔνι (*Hercher*) son inferiores.

consultar personalmente este códice por su delicado estado, aunque existiría la posibilidad de hacerlo en el futuro mediante nuevos medios mecánicos previstos que no aumentarían su deterioro.

³⁷ Considera que no hay motivo suficiente para mencionar en el aparato crítico que Dawe (cf. n. 20) ya conjeturó γῆ sin conocer la lectura correcta de *F*.

³⁸ Omito las que son obvias o han sido unánimemente aceptadas por los editores.

6.2.2 (l. 68): ἐπιστάντες *D'Orville* : ἐπιστάν *F*. ὄναρ es adverbio, como a menudo en Caritón: *F* (ed. Blake) no se explica bien; cf. 3.7.4 Καλλιρόη δὲ ὄναρ ἐπέστη Χαϊρέας δεδεμένος κτλ.

Ocurre a veces, sin embargo, que debería haber aceptado una enmienda:

6.2.4 (l. 74): πρόθυρα *F* : <τὰ> πρόθυρα (*Hercher*). Creo que el artículo es necesario; en todo caso, debería aparecer en el aparato.

Más frecuentes son los pasajes en que se acepta una conjetura sin que, a mi juicio, haya necesidad:

6.1.3 (l. 14): μέγιστον *D'Orville* : γνωστόν *F*. *D'Orville* “mejora” el texto (γνωστόν es trivial), pero *F* es *difficilior* y su sentido, “(hecho) conocido”, posible: cf. 3.2.15 y 8.5.2 (ambos ἄγνωστον).

6.1.8 (l. 47): ἀρνεῖ *Cobet* : ἀγνοεῖς *F*. Con *Cobet* el sentido no es mejor: cf. ἐλεγχθήσῃ δέ, y 4.4.5 σὺ μόνος ἀγνοεῖς τὴν φύσιν τοῦ Ἐρωτος ...; Para el sentido absoluto, cf. 6.3.4. *Hercher* ya enmendó con ἀρνή.

6.2.5 (l. 85): σαυτῶ γὰρ αἴτιος τούτων *Jackson* : ἐαυτῶ κτλ. *F*. El reflexivo de la 3ª persona se usa en lugar de la 1ª y 2ª en pl., ya en época clásica (cf. Kühner-Blass I § 599) y más en época tardía (para el *NT*, cf. Blass-Debrunner-Rehkopf § 283, p. 232); para Caritón, 1.10.7, 7.1.11, 7.2.4, 8.2.11. El uso se extiende más tarde al sg.: véase Schmid, *Atticismus* I 82-3, 228, IV 69-70, pero basta con Caritón 2.5.5 (ἐαυτῆς *F* : σεαυτῆς *Hercher*) y 6.3.8 (ἐαυτῶ *D'Orville* : ἐαυτοῦ *F* : σεαυτῶ *Hercher*). Reardon sigue en ambos casos a *Hercher*; yo creo preferibles la lecturas que van en primer lugar.

La actuación más particular e innovadora de un editor es la de conjeturar, cuando cree que la parádoxis está corrupta y que las conjeturas de otros filólogos, si las hay, no son satisfactorias. He aquí una lista de los pasajes en los que Reardon enmienda³⁹:

1.6.1 αὐτῶ : ἐαυτῶ *F*

1.8.1 [δευτέραν] : [δευτέραν ἄλλην] *Cobet*

³⁹ Espero no haber omitido ninguno. Excluyo algunas correcciones que en sentido estricto no son enmiendas textuales.

- 1.13.10 παλιγγενεσίας : πάλαι εὐγενείας *F*
 1.14.1 <οἱ δὲ καὶ προσκυνήσαντες> *post Reiske*
 1.14.7 <με>
 1.14.9 μὴ τις ἰδὼν εὐγενῆ <με> δόξῃ : μὴ <μέ> τις ἰδὼν εὐγενῆ
 δόξῃ *Sanz*
 2.1.4 <κάκεϊνος ἔμοι τὴν γυναῖκα> (*post Cobet et Jackson*)
 2.2.5 ἔλεγεν : λέγει *F*
 2.3.4 πέμπτος <αὐτὸς> ἐπέβη· εἷς δὲ ἦν *post Cobet*
 2.4.4 αὐτὸν : ἑαυτὸν *F*
 2.5.6 εἶπέ : εἶπόν *F*
 2.5.12 αὐτόν : ἑαυτόν *F*
 2.6.5 περὶ τοῦτο : πρὸς τοῦτο *F*
 2.7.1 <προφέρων>
 2.8.7 αὐτῇ *post ἔκτρωσιν* : ante ἔκτρ- *F*
 3.7.1 τί : τίνα *F*
 3.9.11 τί : τίνα *F*
 4. Ninguna enmienda.
 5.1.7 οὕτω : οὕτως *F*
 5.2.9 διακρύψαι : διακλέψαι *F*
 5.5.8 τὸ *post D'Orville* : τῶ *F*
 5.6.10 ὡς *post Blake* : πῶς *F*
 5.8.8 τῆς ὑστεραίας δῶρα *post Hercher* : δῶρα τῆς ὑστεραίας *F*
 6.1.2 ἐξῆν : ἐξὸν *F*
 6.2.10 <οὐκ ἄν> ἤκουσα *post Beck* : ἤκουσα *F*
 6.2.10 μοι : μου *F*
 6.3.1 <τι> : <τι> *post εἰπεῖν Cobet*
 6.3.2 παρ' ἔμοι τις ἔμοῦ : τις παρ' ἔμοι ἔμοῦ *F*
 6.7.1 ὡς *post Blake* : πῶς *F*
 6.7.6 μὲν <τὸ μέλλον> *post Schmidt* (<τὸ μέλλον> μὲν)
 6.9.4 δοκεῖ δ' <ἄν> : ἐδόκει δέ *F* : δοκεῖ δὲ *Naber* : ἐδόκει δ' <ἄν>
Blake
 7.2.4 ζῶ δὲ λοιπὸν εἰς μόνον : λοιπὸν δὲ ζῶ εἰς μόνον *F* : λοιπὸν
 δὲ ζῶ μόνον εἰς *Jackson*
 7.3.11 ὡς πάντες ὑμνοῦσι : πάντες ὑμνήσουσιν ὡς *F*
 7.3.11 οὕτω : οὕτως *F*
 7.3.11 τριακοσίους *post Χαιρέου* : *post Μιθριδάτου F*
 7.5.11 τριηράρχαι : τριήραρχοι *F*
 7.5.13 λαμπρῶς ἠγωνίσαστο *F* : ἠγ- λ- *F*
 8.3.13 *lacuna post θεοῖς (an <τίθης>?)*
 8.6.11 ἔδοξε δὲ αὐταῖς ἔτι καλλίων [Καλλιρόην] ... θαλάσσης :
 ἔδοξε δὲ ἔτι καὶ αὐταῖς καλλιρόην ... θαλάσσης *F* : εδο]ξεν
 δε ως [α]κληρ[θως ετι] καλλειων [...]νηντην (? [αναδου]μενην

[εκ της θαλασσης] *Theb.* (he abreviado el ap. cr.)

Reardon modifica el texto con conjeturas propias 38 veces en total, es decir, casi 5 veces por libro o, dicho de otra manera, una vez cada 3,8 páginas de su edición. Mucho menos que Blake, quien venía a conjeturar una vez por página⁴⁰: en el libro VI introduce 14 conjeturas propias en las 14 páginas de su edición. Como sucede en toda edición, algunas de estas conjeturas no lo son en sentido estricto, ya que responden a un criterio de regularización gramatical (p. e., 2.5.12 *αὐτόν* por *ἑαυτόν*, o 5.1.7 *οὕτω* por *οὕτως*), lo que reduce algo su número.

Una característica de las conjeturas de Reardon es que son a menudo modificación de otra anterior: esto podría sostenerse con respecto a unas 14 de las 38 (se puede ver en la lista que he dado). Otra característica consiste en que no son conjeturas fantasiosas⁴¹, sino que se atienen al contexto y suelen guardar un parecido paleográfico con la lección considerada corrupta. Muchas de ellas son cambio de orden de palabras o adición de palabras omitidas; la causa puede ser el hiato. Veamos con algún detenimiento las del libro VI.

6.1.2 (l. 9): *οὐκ ἔξιῃν δὲ τὴν ἐλευθέραν ἀγοράσαι* es preferible al más que sospechoso *ἔξιόν* de *F* y más verosímil que *ἔξεστι* (*Cobet*), conjetura que merecería aparecer en el aparato.

6.2.10 (l. 108): *<οὐκ ἂν> ἦκουσα* post *Beck* (*<οὐκ> ἦκουσ' ἂν*): *ἦκουσα F*. Creo que se puede mantener *F*, como hacen los demás editores. Por otro lado, Reardon propone en el ap. cr. una segunda posibilidad, *ἦγνόησ' ἂν* (post *ἦγνόησα Gasda*), que quizá me parece preferible a la que edita.

6.2.10 (l. 110): *μοι : μου F. οἶον πάλιν καιρὸν ἀπώλεσάς μοι τῆς ἀποκαρτερήσεως*, donde Reardon remite como apoyo a 6.2.9 *πόσους μοι καιροὺς εὐτυχίας ἀπολώλεκας*;, pero aquí *F* tiene también *μου*,

⁴⁰La comparación con Molinié y Goold no me parece pertinente debido a las características de estas ediciones, ya comentadas.

⁴¹Me refiero a conjeturas como las de S. A. Naber (“Adnotationes Criticae ad Charitonem”, *Mnemosyne* n. s. 6, 1878, 190-214), quizá el ejemplo máximo de hipercriticismo en Caritón. Al final, los editores han aceptado un porcentaje escasísimo de las que propuso.

siendo μοι conjetura de Cobet (1859: 293)⁴². Inversamente, en 6.2.9 cita 6.2.10 como apoyo para defender la conjetura de Cobet, incurriendo en argumentación circular.

6.3.1 (l. 119): καί <τι> βουλόμενον εἰπεῖν (<τι> *post* εἰπεῖν Cobet), pero cf. 1.4.5 καί πάλαι βουλόμενος εἰπεῖν ὠκνοῦν.

6.3.2 (l. 125): δύναται παρ' ἐμοί τις ἐμοῦ γενέσθαι δυνατώτερος : δ. τις παρ' ἐμοί ἐμοῦ γ. δ. *F*. La transposición de palabras evita convincentemente un extraño y cacofónico hiato ἐμοί ἐμοῦ.

6.7.1 (l. 315): ὡς δὲ καλὸν τὸ πρόσωπον : πῶς δὲ ... *F*. Blake ya sospechaba de πῶς, pero el uso aparece en griego tardío: Epict. *Ench.* 24.3 y esp. 1.16.13 πῶς δὲ καλὸν τὸ σύμβολον. Para el *NT*, cf. Blass-Debrunner-Rehkopf § 304.3 b y 436.1, y Bauer, s. v. πῶς 3. Cf. también Caritón 5.6.10.

6.7.6 (l. 337): (Calíroē) ἢ δὲ ἠπίστατο μὲν <τὸ μέλλον> (*post* ἢ δὲ ἦ. <τὸ μέλλον> μὲν *Schmidt*), cf. 2.2.3 (Calíroē) τοῦ μέλλοντος οὐκ ἀμάντευτος ἦν. Pero no me queda claro que no sea un uso propio de Caritón, como otros usos absolutos de verbos: 3.1.1 φέρων, 6.3.1 εἰπεῖν, 6.3.3 προσθεῖναι. En todos ellos alguien propone añadir un objeto directo.

6.9.4 (l. 433): δοκεῖ δ' ἄν μοι : ἐδόκει δέ μοι *F* : δοκεῖ δέ μοι *Naber* : ἐδόκει δ' ἄν μοι *Blake*. Creo que ἄν es necesario, pero no la modificación del verbo: cf. 5.8.3 ἐδόκει δ' ἄν μοι καὶ βασιλεὺς τότε θέλειν Χαίρεας εἶναι. Bastaría con la conjetura de Blake.

Aparato crítico y aparato de referencias

Quizá la duda principal cuando se elabora el aparato crítico de una edición consiste en cuál debe ser su extensión: en el caso de una edición basada casi por completo en un *codex unicus*, la decisión es cuántas conjeturas de filólogos hay que admitir. Hay un principio, quizá no unánimemente compartido, pero que me parece de sentido común: una edición no tiene por qué ser una historia del texto de esa obra, que incluya por tanto todas las conjeturas en su aparato crítico. Pero, como todo principio, en la práctica admite matizaciones: no tiene por qué serlo *siempre*, pueden darse circunstancias que lo hagan deseable. El hecho es que Blake siguió el procedimiento de incluirlo todo: variantes del

⁴² La cuestión es todavía más complicada, porque Reardon remite erróneamente a otro μοι, indicando la línea 101 cuando quería indicar la línea 102: un *saut du même au même*, ya que ambas líneas comienzan por μοι.

tebano y de los papiros, pero también todas las conjeturas, excepto algunas que omitió por inadvertencia. Había una justificación en este caso, ya que Blake fue el primer editor, como he dicho, en colacionar *F*, y también el primero en elaborar un aparato crítico con criterios modernos (sólo el de Hercher lo era hasta cierto punto). Posiblemente en su actitud había como una idea de trascendencia: consciente de que su edición era la única hasta entonces en ofrecer una parádoxis fiable, lo que suponía un antes y un después en la historia de las ediciones de Caritón, decidió historiar ese antes, pensando que su labor de algún modo serviría para el después. Por eso lo incluyó todo⁴³.

Reardon ha elaborado un aparato selectivo, lo que resulta lógico en las circunstancias actuales. Muchas de las correcciones de filólogos obedecían a la manera de pensar de una época (hablamos sobre todo de la segunda mitad del siglo XIX) en que era hegemónico un hipercriticismo hoy superado. Esto se ve claro en Caritón. Reardon ha excluido muchas conjeturas que sólo podían ser concebibles según aquella mentalidad, pero que hoy nos parecen sin fundamento. Su aparato crítico es por lo tanto claro y legible, sin el farrago que habría resultado de incluir todas las enmiendas de Gasda, Naber, etc.

Esto incluye la corrección de errores cometidos por los editores anteriores (al hablar de ap. cr. en Caritón, “editores anteriores” es casi sinónimo de “Blake”), por ejemplo 6.7.10 (l. 360, ap. cr.), donde se aclara que $\eta\nu$ es conjetura de Cocchi, mal atribuida por Blake a D’Orville.

No obstante, la elaboración de un aparato crítico es un trabajo complejo, con una amplia casuística, por lo que cualquier aparato admite precisiones o mejoras. Me referiré primero a una cuestión de tipo general. Casi no se puede hacer ningún reproche a las conjeturas que Reardon incluye: son casi siempre enmiendas que tienen algún grado de verosimilitud. Sin embargo, creo que ha sido demasiado estricto en cuanto a las excluidas: hay pasajes con conjeturas valiosas omitidas. Doy una lista de las que me parecen más importantes en el libro VI:

⁴³ El inconveniente es obvio: por medio de los dos aparatos críticos de Blake no es posible distinguir las conjeturas a las que concedía algún crédito de las que consideraba inverosímiles.

6.1.10 (l. 47): Reardon edita ἀρνεῖ (*Cobet*), pero Hercher ya había propuesto ἀρνῆ.

6.2.4 (l. 74): πρόθυρα (*F*). <τὰ> πρόθυρα (*Hercher*), que me parece incluso preferible a *F*.

6.2.8 (l. 100): ἠδέως (*F*). ἀνηλεῶς (*Schmidt*).

6.3.9 (l. 165): κυνηγεσίαις (*F*). κυνηγέσια, οἷς (*Abresch*).

6.4.5 (l. 196): ἀστάθμητον (*F*). ἀσταθμήτου (*Blake*).

6.6.5 (l. 296): πρώτη καὶ (*F*). ἐρωτική (*Hilberg*).

6.7.10 (l. 360): πρῶτος (*F*). πρώτης (*Cobet*).

6.7.12 (l. 367): δι' ἐκείνην (*F*). διὰ κενῆς (*Schmidt*).

6.8.6 (l. 404): διαβάντα ... ἔξιεν (*D'Orville*): διαβὰς ... ἔξειεν *F*. Otra conjetura estimable es διαβὰς ... ἔξει (también *D'Orville*).

En todo aparato crítico es posible encontrar imprecisiones. Puedo señalar las siguientes en el libro VI:

6.3.2 (l. 126, ap. cr.): dice “τις παρ' ἐμὲ ἔμοῦ” Hilberg / debe decir “τις παρ' ἐμὲ” Hilberg.

6.5.1 (l. 222, ap. cr.): “μόνης (vel μόνος μόνης) Abresch” / “μόνης (vel μόνος <μόνης>) Abresch”.

6.5.4 (l. 237): Reardon edita ἔχουσι, sin indicar que es conjetura de Reiske; *F* (f. 64v, l. 9) lee ἔχουσαι.

6.5.7 (l. 255, ap. cr.): Reardon edita καὶ ἄνυτε, siguiendo a *D'Orville* (νύττε *F*); habría podido indicar en el ap. cr. que *D'Orville* proponía como posibilidad en su comentario (*ad loc.*, p. 543) κἄνυττε.

6.5.8 (l. 259): Reardon edita αὐτή, pero no dice que es conjetura de Reiske; *F* (f. 64v, l. 22) tiene αὐτή.

6.7.11 (l. 365, ap. cr.): *F* lee τάχα μὲν οὐδὲ. Reardon edita τάχ' <ἄν> οὐδὲ y dice en el ap. cr.: τάχ' <ἄν> Renehan : τάχα *F*. Posiblemente Renehan⁴⁴ leía τάχ' ἄν οὐδὲ en vez de la lectura de *F*, pero en el ap. cr. está mal formulado.

6.8.4 (l. 391, ap. cr.): Reardon edita <πᾶσαν> Ἀσίαν (*add. Jackson*) y cita tres paralelos, que son los que lista el propio Jackson: de ellos, creo que vale 4.1.8 ἐκ τῆς Ἀσίας πάσης, pero no 1.11.7 ἐκ τῆς μεγάλης Ἀσίας, y dudo de 8.8.6 κατὰ τὴν Ἀσίαν ὄλην.

Por último, unas palabras sobre el códice tebano. Su particularidad se detecta a simple vista, ya que los pasajes que cubre presentan en la edición un aparato crítico mucho más extenso que

⁴⁴ Renehan comunicó a Reardon *per litteras* sus enmiendas textuales.

el resto. Esto ya sucedía en las ediciones anteriores, pero ahora Reardon introduce la innovación de presentar dentro del aparato crítico (p. 139, correspondiente a 8.5.13-4) de manera separada y continua los textos de *F* y *Theb.*, allí donde la discrepancia es tan grande que resulta difícil de seguir y apreciar con el aparato crítico tradicional. Es un procedimiento que encuentro correcto, ya que ayuda al lector facilitándole la visión global de ambos textos. Otra posibilidad, muy utilizada en otros tiempos y que parece hoy en desuso, es la de editar los textos en dos columnas enfrentadas: recuérdese, por ejemplo, la edición teubneriana de mitógrafos griegos realizada por varios autores a principios del siglo XX, un texto en el que los epítomes y refecciones son frecuentes.

Además del aparato crítico, la edición incluye un aparato de referencias o fuentes. Es una aportación de interés, aunque creo que mejorable⁴⁵. Sería posible añadir las siguientes:

6.3.2 (l. 124): (Ἔρωος) κρατεῖ πάντων τῶν θεῶν. Quizá X. *Cyr.* 6.1.36 ἐγὼ γὰρ θεοῦς τε ἀκούω ἔρωτος ἠττήσθαι, y sobre todo Men. *Heros*, fr. 1.1-3 Koerte (= 209 Kock) ἔρωτος οὐδὲν ἰσχύει πλέον / οὐδ' αὐτὸς ὁ κρατῶν <τῶν> ἐν οὐρανῷ θεῶν / Ζεύς.

6.9.3 (l. 425): ἐλπίδος εἶχέ τι κούφης. Posible reminiscencia de Th. 2.51.6 ἐς τὸν ἔπειτα χρόνον ἐλπίδος τι εἶχον κούφης, indicada por F. L. Abresch⁴⁶.

6.9.6 (l. 442): ἔθος... Para la costumbre del rey y nobles persas de llevar consigo en campaña militar a sus mujeres, riquezas, etc., se remite a X. *Cyr.* 4.2.2, pero es más claro y más probable como fuente 4.3.2.

Otros aspectos

Cierra el libro (148-50) un *Index nominum* en latín que hace referencia a los pasajes más útiles (excluye a Quéreas y Calíroo). Habría sido interesante incluir (con la oportuna indicación) algún nombre que no aparece en el texto, pero responde a conjeturas muy serias, p. e. Otriades, que me parece superior a Milciades como sustituto del sin duda corrupto Mitrídates de 7.3.11.

⁴⁵ Si se incluye un aparato de referencias, creo preferible hacer uso de un criterio abierto, incluyendo todos los *loci similes* que presenten un parecido razonable.

⁴⁶ *Dilucidationes Thucydideae*, Utrecht 1753, 235.

Un capítulo de obligada mención lo constituyen las erratas. En el libro VI he encontrado las siguientes:

6.2.9 (l. 101, aparato crítico): dice **101** / debe decir **102**. Probablemente no es errata, sino error del editor, que ha cometido un *saut du même au même* confundiendo el $\mu\omicron\iota$ de la l. 102 con otro que aparece en la l. 101; el error se repite *infra*: cf. 6.2.10 (l. 110).

6.2.10 (l. 108, ap. cr.): $\eta\kappa\nu\acute{\omicron}\eta\sigma\alpha$ / $\eta\gamma\nu\acute{\omicron}\eta\sigma\alpha$.

6.2.10 (l. 110, ap. cr.): 101 / 102. Causada por el error de 6.2.9.

6.3.1 (l. 122, ap. cr.): Cob. / Cob.).

6.3.2 (l. 128, ap. cr.): $\sigma\phi\omicron\delta\omicron\rho\acute{\omicron}\varsigma$ / $\sigma\phi\omicron\delta\omicron\rho\acute{\omicron}\varsigma$.

6.4.5 (l. 196): $\acute{\alpha}\sigma\tau\alpha\theta\mu\acute{\eta}\tau\omicron\nu$ / $\acute{\alpha}\sigma\tau\acute{\alpha}\theta\mu\eta\tau\omicron\nu$.

6.5.5 (l. 242): $\acute{\epsilon}\kappa\epsilon\acute{\iota}\nu\omega\iota$ / $\acute{\epsilon}\kappa\epsilon\acute{\iota}\nu\omega$.

6.7.4 (l. 328, ap. cr.): $\kappa\acute{\alpha}\nu$ / $\kappa\acute{\alpha}\nu$.

Seis erratas (considero la 1^a error del editor, que a su vez origina la 3^a) en 16 páginas equivalen aproximadamente a una cada 2,5 páginas. No es una cantidad excesiva para un libro “normal”, pero creo que con las ediciones críticas, más aún con una teubneriana, hay que ser exigentes⁴⁷. En la única reseña que conozco de esta edición, S. M. Trzaskoma⁴⁸ da una lista de 29 erratas sólo en el texto (1 cada 5 páginas). De justicia es decir que, aunque sea finalmente responsable de su edición, el editor se ve en estos casos a merced de la imprenta, que en el caso de la *Bibliotheca Teubneriana* funciona con recursos humanos muy inferiores a los de otras épocas, al parecer por una política editorial que antepone la rentabilidad económica a otros logros⁴⁹.

⁴⁷ Casi diría que implacables, si nos atenemos al precio del libro (80 €): véase mi última nota a esta reseña.

⁴⁸ *BMCR* 2005.09.63, acceso en Agosto 2006 (<http://ccat.sas.upenn.edu/bmcr/2005/2005-09-63.html>).

⁴⁹ Puede ser una buena noticia que una editorial seria y con tradición como Walter de Gruyter (cito por su nota de prensa dada en Berlín el 14 de agosto de 2006 y localizable en www.saur.de, sección “Aktuelles”) haya comprado muy recientemente la editorial Saur, que pertenecía al grupo Thomson. El propio Prof. K. G. Saur, que se había refugiado en De Gruyter, y que aparece citado en dicha nota, se encargará de nuevo de su antigua editorial.

En cuanto a la calidad tipográfica, el libro es irreprochable. Utiliza una fuente griega de tamaño adecuado, clara y elegante, que mejora ostensiblemente otras anteriores⁵⁰.

Conclusión

A mi juicio, estamos ante una buena edición, que en general cumple las expectativas. Su texto es equilibrado, corrigiendo una parádoxis que presenta no pocas corrupciones, aunque evitando caer en excesos hipercríticos. En esto creo que se inscribe en la corriente predominante hoy en crítica textual. El editor muestra dos cosas, antigua familiaridad con el texto y sentido común o humildad (no sé si son los términos adecuados) al ceñirse en lo posible al texto transmitido, aprovechar los avances y mejoras de filólogos anteriores y no colmarlo de conjeturas propias “reescribiendo” la novela. Es por lo demás una edición hecha con indudable rigor, aunque no se salva (ninguna se salva) de errores o imprecisiones, de los que he señalado algunos. Por otra parte, son errores subsanables (junto con las erratas de imprenta) en una futura y deseable segunda edición. Queda, por último, lo que quizá constituye mi único desacuerdo de conjunto con ella: un aparato crítico en exceso selectivo. En todo caso, los helenistas en general encontrarán en esta edición una obra suficiente y a la altura de los tiempos⁵¹. Por fin puede afirmarse que disponemos de una edición de Caritón que, dos tercios de siglo después, toma el relevo de la de Blake.

MANUEL SANZ MORALES
 Universidad de Extremadura
 msanz@unex.es

⁵⁰ Citaré como ejemplo la del otro novelista editado antes en la colección (Longo, por M. D. Reeve), con una fuente griega demasiado pequeña y aspecto de cursiva.

⁵¹ Quienes puedan comprarla, claro. Cuestión aparte es la del precio de estos libros, que a todas luces resulta excesivo: la edición que reseño cuesta 80 €. Confieso ignorar el porqué de esto, así como la razón de que otras colecciones similares (*Oxford Classical Texts*, por ejemplo) sean mucho más baratas. Sería muy útil que alguien emprendiera una investigación (si no existe ya) sobre el mercado del libro de filología clásica: podría alcanzar conclusiones sorprendentes.